

mos vuelto divinidad al mismo pan; y por esto nos compara con los ídolos que se fabricaban sus dioses y nos cita el capítulo 44 de Isaias, en que se les reprende. Esta es la mala inteligencia. Debe, pues, saber la «Lanza» que los católicos no adoramos pan ninguno en la Eucaristía, ni la Iglesia podía enseñarnos tal absurdo. Después de la consagración no hay pan en el Sacramento porque se convierte en el cuerpo del Salvador: Adoramos á Nuestro Señor Jesucristo que siendo verdadero Dios, debe recibir los homenajes de sus criaturas y el culto que es debido á Dios.

La contradicción de la «Lanza» es manifiesta. Empieza su artículo hablando de la transustanciación, y dice terminantemente que la Iglesia (la llama la «Lanza» la secta romana) «enseña que después de las palabras de la consagración, el pan no existe, sino Jesucristo en cuerpo, (1) alma y divinidad,» añade que según los católicos «está obligado todo fiel cristiano á creer que bajo las especies de pan y vino consagradas y en cada una de sus partículas se contiene el cuerpo, (2) alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo:» continúa todavía la «Lanza» diciendo: «Según los romanos católicos, un momento antes de la consagración no está el cuerpo de Jesucristo sino el pan; pero un momento después de la consagración (3) no está el pan sino el cuerpo, (4) alma y divinidad de nuestro Salvador.» Estas son palabras textuales de la «Lanza.» Luego sabe muy bien la misma «Lanza» que en la Eucaristía no adoramos el pan sino á Jesucristo, porque está confesando que nuestra creencia es que verificada la consagración no hay ahí pan ninguno, sino que bajo las especies consagradas esta real y verdaderamente presente nuestro Salvador. No puede suponer la «Lanza» que en la Eucaristía se dirijan nuestras adoraciones al pan que creemos firmísimamente que ya no lo hay, sino nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo con la sola interposición de dos brevísimos pasajes de autores católicos sobre la presencia real, asegura la «Lanza» que «la secta romana enseña que se debe adorar el pan [5] consagrado como á Dios mismo.» Primero afirmó la «Lanza» que la enseñanza católica es que verificada la consagración no hay pan en la Eucaristía sino que está ahí Nuestro Salvador y á continuación asegura que la enseñanza católica es que en la Eucaristía debe adorarse el pan como á Dios. Si es posible conciliese consigo mismo el autor del editorial de la «Lanza.»

¿Y qué excusa podrá presentar la «Lanza» cuando afecta entender y asegura que los católicos adoramos el pan en la Eucaristía, acabando de afirmar que no creemos que haya pan en la misma Eucaristía, sino que reconocemos que está ahí realmente presente el Salvador? Nadie habría podido patentizar lo inexcusable de esta afectada mala inteligencia con más claridad que como lo ha hecho la misma «Lanza.» Según entiende la «Lanza,» los católicos creemos que no hay pan en la Eucaristía y sin embargo adoramos el pan y hacemos Dios al mismo pan. Muy bien, señores pro-

(1) Y la sangre de Cristo.

(2) Y la sangre de Cristo.

(3) En el instante de concluirse las palabras de la consagración se verifica la conversión del pan en el cuerpo de Cristo.

(4) Y la sangre de Cristo.

(5) Sustituimos con esta palabra la de oblea que usa la «Lanza» y que importa un modo de expresarse con irreverencia. Lo mismo hacemos para adelante.

testantes; nos honra demasiado que sea esta la manera con que se pueden atacar nuestras creencias.

Pero atendamos á la lógica de la «Lanza.» No es lo más sorprendente que haya incurrido en la contradicción que acabamos de notar, lo que debe causarnos mayor extrañeza es que en concepto de la «Lanza» en estas dos proposiciones contrarias, *Los católicos creen que no hay pan en la Eucaristía: los católicos adoran el pan en la Eucaristía,* la segunda se infiera de la primera. Difícil será á los lectores el creer que este periódico deduzca tal consecuencia; sin embargo no hay duda que la dedujo. Ahí está su editorial: en él después de hablar de la transustanciación en los términos que antes vimos, diciendo expresamente que los católicos creemos que en la Eucaristía no hay pan, sino que está Jesucristo; después de citar las palabras del P. Ripalda sobre que el que va á comulgar «va á recibir á la Majestad eterna de nuestro gran Dios y Señor Jesucristo,» dice: «Si estos pasajes enseñan la verdad, tenemos que admitir la divinidad del pan consagrado y por consiguiente es nuestro deber adorarlo.» ¡Lógica, algo de lógica, señores protestantes! ¿De que se diga que no hay pan en la Eucaristía, sino que allí está Jesucristo, se infiere la divinidad del pan y el deber de adorar al pan? ¿Qué se dirá de vosotros que deducis tales consecuencias, y que racionando de este modo nos venis á *civilizar?*—PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

UTIL Y CURIOSO INVENTO.

«Tal nos parece la máquina que para escribir ha presentado Mr. Emmet Dewsmore: mecanismo sencillo y uso fácil, un solo inconveniente tiene, lo alto del precio. A continuación ponemos la descripción que de ella hace un periódico que tenemos á la vista.

«Ocupa un espacio igual al de una pequeña máquina de coser, y consiste en un teclado dividido en tres filas de telas, cada una de las cuales está marcada con una letra, número ó signo ortográfico, y puesta en conexión por medio de un largo alambre, y de un mecanismo semejante al de un piano, con un martinete terminado por un lado metálico que tiene grabada la misma letra, número ó signo de la tela.

«Los martinetes están colocados en círculo, de tal manera, que cuando cualquiera de ellos es puesto en movimiento por la presión ejercida sobre la tela que le corresponde, cae sobre el mismo lugar en que caen todos los demás, sobre un cilindro de madera, en el que está enrollado el papel en que se ha de escribir.

«Bajo de este papel, se encuentra una hoja de papel carbonizado, para que, cuando el lado del martinete caiga sobre el papel blanco, deje en él marcada la letra ó figura que tiene en su extremidad.

«Cuando cesa la presión sobre cada tela, el mecanismo hace avanzar el cilindro lo suficiente para presentar un espacio en blanco á la letra ó número que debe seguir.

«De esta manera se forma cada palabra, y para dejar los claros convenientes en una y otra, basta tocar una tecla cuyo oficio es avanzar el cilindro sin que éste reciba ninguna impresión.

«Se comprende fácilmente que por este mecanismo puede imprimirse una palabra con rapidez mucho mayor de lo que puede escribirse, puesto que cada letra, en lugar del complicado procedimiento por el cual se forma con la pluma ó lápiz, requiere solo la presión del dedo sobre una tela.»

«Por medio de esta máquina se puede escribir con una rapidez tres veces mayor y con mas claridad que por el sistema ordinario.»

«La principal dificultad para manejar bien esta máquina, consiste en abituarse la mano á no comprimir dos ó mas teclas á un mismo tiempo, para impedir que los lados de los martinetes correspondientes, se agolpen en el mismo sitio.» («El Pájaro Verde» de 27 de Junio.)

PROFESOR DE ROBO EN ESTADOS-UNIDOS.

«Leemos en el «Monitor»:

«Para que se comprenda hasta qué punto llega la mala fé, la malicia de esas continuas y exageradas acusaciones que lanzan contra México ciertos individuos que se llaman cristianos, y que son procedentes de los Estados- Unidos, país especialmente favorecido, especialmente frecuentado por los sectarios de Caco; para que se comprenda hasta qué punto son dictadas esas acusaciones por un espíritu de gratuito rencor, de gratuitos ódios, véase lo que dice un colega que se publica en Nueva-York, *Le Messager Franco-Americain*:

«La policía de Cincinnati ha detenido á un hombre llamado John Carney que tenia una profesion singular. Parece que ganaba la vida enseñando á los ladrones los mejores métodos de ejercer su industria. Se le ha encontrado consigo una lista del valor de sus lecciones en el orden siguiente: Salteadores de los grandes caminos, 15 pesos por cien lecciones; ladrones de emboscada, 20 pesos; ladrones de á pié, (jootpias) 9 pesos; ladrones al vuelo 90 pesos; ladrones estafadores, 200 pesos; ladrones con fractura y escalamiento, 150 pesos; ladrones nocturnos, 500 pesos; hombres de confianza, 1000 pesos; agarroteadores, 50 pesos; muchachos de sala, 25 pesos; cajeros, 12 pesos; ladrones de hotel, 6 pesos; ladrones de trenes, 5000 pesos. Profesor, John Carney, R. T.

Carney ofrecia tambien á los secretarios enseñarles «los medios de robar á sus patrones, sin que apareciese nada en sus libros.» En cuanto á los salteadores de caminos afirma que la mejor y mas segura regla para obtener buen resultado, es exigir sencillamente á las víctimas «la bolsa ó la vida.»

Parece, pues, que el robo, en los Estados- Unidos, es ya una profesion como otra cualquiera, aunque la ley la persiga, y que para que haya hombres que se decidan á llamarse «profesores de ladrones,» estos deben de abundar muchísimo en la vecina República.»

«Interpone aquí el «Monitor» una inadmisibile disculpa de nuestros vecinos, como si este hecho y juntamente los frecuentes y espantosos crímenes de que nos llegan noticias acaso diminutas, no demostraran claramente que esa sociedad en que ha dominado el protestantismo, revela en sí un principio fatal de inmoralidad. Luego dice el Monitor:

«Nuestro objeto, y queremos que se comprenda bien, es demostrar cuán falsas, cuán mentidas, cuán hipócritas son las lamentaciones de hombres que, viniendo de los Estados- Unidos, se escandalizan de que en México haya ladrones, ladrones que aun no llegan á la altura de *civilización y progreso* á que han llegado, como es natural, los de aquella República.»

(Lo copia el «Diario Oficial» de Zacatecas de 1.º del corriente).

ESPANTOSOS ASESINATOS EN EL EXTRANJERO.

«Copiamos del «Foro»:

«Nuestros lectores recordarán probablemente el horrible crimen que fué cometido el 21 de Febrero último en Nogent-sur Aube.

Un jóven que contaba apenas veinte años, excitado por los consejos de su madre y con la esperanza de una modesta herencia, asesinó friamente á tres personas contra las que no tenia ningun sentimiento de animosidad.

El mismo, con una franqueza llevada hasta el cinismo, contó durante el debate todos los detalles de este triple asesinato.

Eran las once de la noche.

Provisto de un cuchillo de carnicero que tenia oculto debajo de su blusa, fué á llamar á la puerta de la casita donde vivian las personas condenadas á muerte: le abrió la puerta una mujer anciana.

—¿Qué quereis? dijo esta.

—¡Toma! contestó el asesino hundiéndole en el pecho su cuchillo; esto es lo que quiero.

La infeliz lanzó un ¡ay! desgarrador y cayó para no volver á levantarse.

Su hija corrió despavorida, y Bourgogne le asestó dos puñaladas.

Pero era vigorosa y enérgica; no cayó y aun logró despues de terribles esfuerzos, desasirse de las manos del asesino y saltar por una ventana.

Entonces tuvo lugar una excena horrible, atroz, espantosa, tal como deben pasar entre las hordas salvajes.

El asesino, armado siempre con su cuchillo, se puso en perseguiimiento de su víctima, pero la oscuridad de la noche le impidió descubrir sus trazas.

Entonces, se detuvo, y escuchó con suma atencion, pensando que oiria sus quejidos, pues estaba seguro de haberla herido profundamente.

En efecto, un quejido sofocado llegó hasta él; era la pobre jóven que perdiendo toda su sangre por anchas heridas, se habia dejado caer sobre el césped en el fondo del jardin. Bourgogne se precipitó sobre ella.

—¡Perdon, misericordia! murmuró, no me mateis.

Pero el asesino la hirió con su arma con verdadera furia, y la víctima dejó de vivir en breve.

Bourgogne iba á partir, pero recordó que habia una tercera víctima que inmolar; penetró en la casa, se acercó al lecho en el que dormia un niño de seis años, y ahogó al infante, sin pestañear siquiera.

Luego volvió tranquilamente á su casa y dijo á su madre:

—Ya está hecho; ¡los he matado á todos!
El tribunal de *assises*, del Aube, en Troyes, condenó á este gran criminal á la pena de muerte, y su madre á trabajos forzados por toda su vida.

Leon-Constant Bourgogne sabia que nada tenia que esperar de la clemencia de los hombres, y desde algun tiempo se esperaba la fatal noticia. Sin embargo, cuando el juéves 13 de Abril próximo pasado, á las cuatro y media de la madrugada entraron á decirle que habia llegado su última hora, se conmovió visiblemente, y su mirada vaga se fijó con inquietud en las personas que lo rodeaban.

Estaban presentes, el director de la prision, un comisario de policia, el director y el abate Auber, primer vicario de la catedral, que desempeñaba las funciones de limosnero.

—Todo ha terminado ya? murmuró el condenado.
Soportó con bastante firmeza los preparativos. En el momento en que le cortaban el cabello, sintió que le abandonaban las fuerzas y pidió un vaso de vino que bebió con dificultad. Luego solicitó el permiso de escribir á su madre que se encontraba entonces en la casa central de Auberive; pero renunció mediante la promesa del limosnero de que le transmitiría sus últimas voluntades.

«El terrible instrumento del suplicio se habia levantado durante la noche en la plaza de San Jaime, en medio del rumor de una multitud de curiosos, que un destacamento de cazadores á caballo tenían trabajo para contenerlos. A la alba, habia en la plaza cerca de seis mil personas. El condenado fué conducido al lugar de la ejecucion, á las cinco menos diez. Durante el trayecto, habló con suma frecuencia de su madre.—¡Oh! ¡madre mia! decia; ¡en qué situacion me habeis colocado! Tú eres la causa de todo.»

«Al llegar cerca del cadalzo, Bourgogne tuvo un movimiento instintivo de repulsion; pero logró dominar su debilidad, y murió con una firmeza que no habria podido esperarse de esta naturaleza inculta y casi salvaje.»

«A las cinco en punto se habia hecho justicia.»

«La ejecucion ha sido hecha por Mr. Loch, primer ayudante del ejecutor, todavia no titular del empleo. Es un hombre de aspecto vulgar, pequeño de estatura con favoritas. Es natural de Mende [Lozère], y padre de ocho hijos. Lo asistian dos ayudantes, llamados Bergé, y Desfourneaux.»

«Bourgogne ha sido enterrado en un nuevo cementerio, á siete kilómetros de Troyes, destinado especialmente á los ajusticiados, y al que se le ha dado el nombre de *Clamart*. Bourgogne es el primero que ha sido enterrado allí.»

«Por una coincidencia singular, Leon Bourgogne ha muerto en el cadalzo el 4 de Abril, aniversario del dia en que los comuneros quemaron la guillotina al pié de la estatua de Voltaire.»

[«Diario Oficial» de Zacatecas de 4.º del corriente.]

ASESINATOS COMETIDOS POR UNA MUJER INGLESA.

«Inglaterra prepara al mundo (tal vez) la causa mas célebre que registran

los anales del crimen. La historia ofrece pocos ejemplos de tal acumulacion de asesinatos consumados por una mujer. María Ana Cotton, presa en el condado de Durham, ha envenenado en el espacio de 12 años, á 20 personas, á lo menos, entre ellas su madre, tres de sus cuatro maridos, tres hijos de su segundo marido, cinco del tercero, tres del cuarto, la primera esposa y hermana de este último, dos de sus amantes, sin contar las nuevas revelaciones que todos los dias llegan á la justicia y que hacen que el rumor público eleve á un centenar el número de esas víctimas.

Cuantos han tenido relaciones de vecindad con ella, ó los dueños de las casas donde ha servido, no vacilan en atribuirla todas las muertes poco naturales, y son diarias las exhumaciones de cadáveres. No se comprende que esta serie de muertes no hubiese alarmado á las autoridades, si por una fatalidad, favorable al crimen, no hubiese reinado una epidemia de fiebres gástricas en los sitios habitados por esta Lucrecia Borgia de aldea.

Federico Cotton, el último marido, volvia no ha mucho, de las minas donde trabajaba, con dolores de estómago de los que moria á las pocas horas. Pocos meses despues dos hijos, uno de ellos de catorce meses, morian de una manera igualmente repentina.

Un obrero llamado Nattrass, que habia vivido con María Ana despues de la muerte de su marido, fallecia tambien cuatro dias despues del niño mas pequeño. Finalmente, el 12 de Abril último, Carlos Eduardo Cotton, de edad de siete años, y el único hijo que habia quedado, moria con la misma rapidez.

Estas cinco muertes misteriosas, los sordos rumores que corrian ya en el pueblecito de Bishop-Auckland, llamaron la atencion de la justicia, y el magistrado, despues de un primer exámen ineficaz de los cadáveres, envió las visceras á un célebre doctor de Ledds, quien descubrió en ellas fuertes dosis de veneno. Este descubrimiento fué una gran revelacion, y los cinco cadáveres que forman como el ultimo grupo de los crímenes de María Ana, se encontraron todos con signos evidentes de envenenamiento.

Las declaraciones del público y las revelaciones conseguidas por la justicia, descubrieron bien pronto otros dos grandes grupos de víctimas, el de Sunderland; comprendiendo once; entre ellas la misma madre de la envenenadora; muerta súbitamente en 1866, á la edad de cincuenta y cuatro años; Jorge Wart, amante de María Ana, muerto á los treinta y tres años, en la misma época; los niños María Ana, de cuatro años, Juan, de un año, y María de cuatro años, hijos de la acusada y de Guillermo Moubray, de cuarenta y siete años, segundo marido de la acusada, muerto súbitamente tambien en 1865.

Al mismo grupo corresponden Juan Robinson, niño de diez meses; Jaime Robinson, de seis años; Isabel Robinson, de ocho años; Lucía Robinson, de nueve años y Margarita Robinson, de tres meses, hijos los unos de María Ana Cotton y de su tercer marido Jaime Robinson, cuyas muertes ocurrieron todas con cortos intervalos en 1867. En cuanto al padre de estas víctimas, Jaime Robinson, maestro albañil en Sunderland, debió á una separacion á tiempo escapar al arsénico de su mujer. Esto no le impidió con Cotton, su cuarto marido, para continuar la carrera de sus cri-

(«El Pájaro Verde» de 27 de Junio.)

menes. Su primer esposo no ha podido ser encontrado nunca, y se supone que fué envenenado también.

Después de esta serie de crímenes, María Ana, llevando el apellido de Maubray, se va al condado de Nothumberland, donde conoce á Cotton, casado y padre de una familia numerosa. En poco tiempo, la mujer de Cotton, su hermana y dos hijos mueren, y María Ana se instala en la casa como ama de gobierno primero y como esposa después. El grupo de Newcastle constituye la tercera serie de víctimas de este drama espantoso. Pero como á los tres meses de su casamiento con Cotton diese á luz un niño, esto excitó grandes sospechas sobre la muerte de la familia y la conducta de la acusada, que bien pronto fué objeto del desprecio público. Para vengarse, envenenaba las reses de todos sus vecinos, pero la animadversión contra ella se hizo tan general y tomó tales proporciones, que Cotton, seducido por su mujer, que debía ejercer sin duda una gran fascinación sobre sus amantes, se trasladó al condado de Durham, donde bien pronto encontró la misma muerte misteriosa que los anteriores maridos. La nueva Lucrecia Borgia habría continuado la horrible serie de sus crímenes sin una especie de revelación providencial.

Hemos dicho ya que el móvil de todos sus envenenamientos era adquirir la renta de supervivencia que sobre las cabezas de su madre, de sus maridos y de sus hijos hacia colocar en diferentes sociedades de seguros. Una de estas sociedades se sorprendió de que en el espacio de cuatro meses murieran cinco personas de una misma familia, y dió cuenta á la policía. Supóse entonces la bigamia en que se hallaba la acusada, y la circunstancia significativa de que el único de los cuatro maridos que vivía era aquel que se había negado tenazmente á inscribirse en una sociedad de seguros sobre la vida. Esta fué una revelación sobre el crimen y sus móviles.

El proceso de María Ana Cotton tendrá en Inglaterra y en el mundo el mismo eco que el de Troppman en Francia y en Europa, y el sexo de la acusada presta á sus espantosos crímenes mayor celebridad.»

(El «Diario Oficial» de Zacatecas, núm. de 1.º del corriente.)

FALSA NOTICIA.

Dice la «Lanza» que un estudiante del Seminario de esta ciudad tuvo una disputa con tres catedráticos sobre el culto de los santos ó las imágenes, sin que los catedráticos lo hubieran podido convencer de que no había idolatría en este culto, por lo cual lo insultaron, etc. etc.

Está muy mal informado el redactor de la «Lanza.» No ha sucedido lo que asegura.

LOS NUEVOS PROTESTANTES EN MEXICO.

«Estos luteranos de ayer cada día son mas altaneros y lo que no hacen los catequistas hacen los neófitos.... El M. R. Carmelita Fr. Pablo (el chico) fué abofeteado por un tal Brito, nada mas que por ser sacerdote católico. El inspector D. N. Zapata, conoció del hecho y creemos que porque no lo quiso el ofendido, no fué aquel enviado á la cárcel.»

(«El Pájaro Verde» de 27 de Junio.)

LA REAL PRESENCIA DE JESUCRISTO EN LA EUCARISTIA.

Demostracion tomada de las palabras de la institucion del Sacramento.

La palabra de Dios es omnipotente: no solo manifiesta la verdad respecto de las cosas ya existentes, sino que también da el ser á lo que no existe. El universo no existía y fué hecho por la palabra de Dios como se refiere en el Génesis (cap. 1.º). *Dijo el Señor y (las cosas) fueron hechas; mandó y fueron criadas* nos dice David en el Salmo 148. Mas si la palabra de Dios no solo es expresiva de lo que existe sino también es productiva de lo que no existe, y si es omnipotente su fuerza de producir, es incuestionable que deben ser perfectísimos sus efectos, haciendo en ellos no algo sino todo lo que dice. Así lo enseña la razón y lo apoyan las santas Escrituras: Génesis c. 1. v. 3. Dijo Dios: «Sea hecha la luz, y fué hecha la luz,» la cual fué luz verdadera y natural, á la que absolutamente nada faltó de su naturaleza y propiedades: S. Mateo c. 8 v. 3. Dijo Jesucristo á un leproso: «Sé limpio; y luego su lepra fué limpiada» quedando él plenamente purificado: S. Juan c. 4 v. 50. «Tu hijo vive.» dijo Jesucristo á un señor de la corte; y en la misma hora lo dejó libre la enfermedad y adquirió perfecta salud. Como estos pudiéramos citar multitud de ejemplos en que se vé que la palabra de Dios es de tanto poder y eficacia que al instante produce su efecto, haciendo con la mayor exactitud no sombras ó apariencias, no figuras de lo que expresa, sino absolutamente lo mismo que dice. Mas el mismo que dijo las palabras de que hemos hecho mención, dijo también tomando el pan en sus manos: *Esto es mi cuerpo*: luego estas palabras son tan omnipotentes como aquellas y producen su efecto con la misma exactitud y perfección: luego así como al decir el Señor, *Sea hecha la luz*, su palabra hizo existir la luz verdadera y natural; así como al decir Jesucristo al leproso, *Sé limpio*, desapareció completamente su lepra y quedó verdaderamente purificado; así como adquirió sanidad propiamente dicha el enfermo de que habla S. Juan, verificándose en todos estos casos lo que daban á entender las palabras divinas tomadas en su sentido propio y natural, de la misma manera tomando Jesucristo el pan y diciendo, *Esto es mi cuerpo*, por la virtud de su palabra se tuvo allí no una figura, no un signo, sino el verdadero cuerpo de Cristo.

Los protestantes que niegan esta verdad debieran señalar la razón porque constándonos que el efecto de la palabra divina le es siempre adecuado con exactitud rigurosa, en este caso ha de ser distinto y muy inferior á lo que expresa; porque hay enorme distancia entre que lo que era pan sea después el cuerpo de Cristo como lo dicen las palabras del Salvador, y que fuera solo un signo ó figura del cuerpo del Señor, como quieren los protestantes. Pero ninguna razón podrán presentar en apoyo de tan absurda pretensión. Las palabras de Jesucristo son terminantes: no son ni mas claras ni mas precisas las que se encuentran en el Génesis cuando se refiere la creación, ni las que se hallan en los Evangelios cuando se refieren los milagros del Salvador. Que los protestantes no puedan comprender como se veri-

fica la conversion del pan en el cuerpo de Cristo no es razon para que nieguen que la palabra divina produce este efecto, pues para esto seria necesario admitir el absurdo de que el alcance del entendimiento humano es la medida de la omnipotencia y de la voluntad de Dios, y que por lo mismo el Señor ni querrá ni podrá hacer jamás cosa alguna que el hombre no comprenda. Si razones de este género pudieran dar la regla para la inteligencia de las Sagradas Escrituras, si fuera legitima la libertad que establecen los protestantes para entender impropriamente los pasajes mas terminantes solo porque revelan obras de Dios que exceden á las fuerzas de nuestra inteligencia, entónces debieran entenderse en sentido impropio todos los pasajes en que se habla de la creacion del mundo, ó de los milagros del Salvador; 1.º porque por mas claros que sean estos pasajes no exceden en claridad á las palabras con que Jesucristo afirmó que daba su cuerpo á los Apóstoles; 2.º por que si es incomprendible la conversion del pan en el cuerpo de Cristo, tampoco podemos comprender como resuscita un muerto, como desaparece en un momento la lepra que manchaba el cuerpo de un leproso, como no habiendo nada empezaron á existir todas las cosas. Todavia mas: Aunque para Dios todo es igualmente facil, para nosotros es mas incomprendible que empiece á ser lo que antes nada era, como se verificó en la creacion, que el que una cosa que ya es se convierta en otra, como sucede en la Eucaristia. Por lo mismo, en el supuesto de que la incomprendibilidad fuera razon para negar el sentido propio de las palabras divinas y para acomodarlas á que no digan sino lo que no presenta dificultad á nuestra inteligencia, mayor fundamento tendríamos para entender en sentido figurado las palabras relativas á la creacion que las relativas á la Eucaristia. Si tomando Jesucristo el pan y diciendo terminantemente. *Esto es mi cuerpo*, tenemos libertad para entender que no es su cuerpo, sino algun signo de su cuerpo, tambien diciendo Dios, *Hágase la luz: Háganse las lumbreras del firmamento*, tendremos libertad para entender que no hizo ni luz verdadera ni astros verdaderos, sino algunas figuras ó apariencias, y de esta manera reduciremos el mundo entero á puras apariencias ó á simples afecciones nuestras como lo hacen algunos filósofos extraviados.

Nada mas opuesto á la razon que esa libertad de interpretacion introducida por los protestantes; nada mas subversivo no solo de toda la religion, sino aun de la ciencia humana que tanta luz ha recibido de la divina revelacion. Si podemos á nuestro arbitrio dar sentido figurado á los pasajes de la Biblia mas claros y terminantes, sin necesidad de buscar para esto un sólido fundamento, ¿y qué decimos sólido fundamento? sin tener siquiera alguna apariencia de razon para nuestras interpretaciones, ¿en qué viene á parar toda la Escritura, en qué todas las verdades que en ella se nos enseñan, y que no solo elevan á inmensurable altura las ideas religiosas, sino que tambien sirven de apoyo firmísimo á la verdadera ciencia? Ese derecho que se arroga el protestante para desvirtuar los textos terminantes de la Biblia que se oponen á sus errores, se lo atribuirá con igual razon el arriano para dar otro sentido á los textos que aseguran la divinidad del Verbo; lo pretenderá el maniqueo para entender con impropiedad los lugares sagrados que establecen la unidad de Dios; se apoyarán en él los que dicen que Jesucristo es un mito y con la mayor facilidad reducirán á emblemas todo

lo mas terminante que se encuentra en el Evangelio respecto de la realidad de la persona del Salvador; agradará tambien sobremanera ese amplísimo derecho de arbitraria interpretacion en sentido impropio á los que niegan la creacion ó la realidad del mundo externo, ¿qué mas necesitan estos para probar que sus absurdos sistemas no se oponen á la palabra de Dios? Nuestros protestantes no pasarán por estas otras falsas interpretaciones, pero deben reconocer que el protestantismo da el ejemplo y autoriza para que se hagan esas y cualesquiera otras absurdas interpretaciones: jamás podrán reprochar cosa alguna á quien al interpretar la Biblia procede en su línea con la misma razon con que procede en la suya el protestante. Y de este modo será imposible convencer á nadie, ni combatir con la Escritura ningun error, pues aun á lo mas claro y preciso se dará un sentido impropio siempre que así convenga al que sostiene el error: el lenguaje no tendrá recursos para poder establecer ninguna verdad, y la Biblia toda será inútil, pues con esa libertad de entender en sentido impropio aun lo mas claro, nada se podrá demostrar jamás con ningun texto sagrado.

Se ha hecho, y con justicia, esta otra reflexion á los protestantes. Niegan ellos que el Salvador nos haya dejado en la Eucaristia su verdadero cuerpo; pero no pueden negar al Señor el poder para dejárnoslo si fuera su voluntad. En el caso, pues, de que hubiera querido concedernos ese don inapreciable, digan los protestantes con qué palabras que fueran mas claras y mas terminantes que estas, *Esto es mi cuerpo*, pudiera habernos asegurado de que real y verdaderamente nos daba su cuerpo; mediten, inventen los protestantes otras palabras á las cuales no padieran dar sentido figurado. Por mas que piensen no podrán presentar otro modo de expresion ni mas claro, ni mucho menos que no estuviera expuesto á ser interpretado en sentido impropio. Resulta, pues, el absurdo de que aunque Nuestro Señor Jesucristo haya podido darnos su cuerpo en el Sacramento, no fué posible que nos lo hiciera saber, porque aun cuando nos lo dijera con la mayor claridad, sus palabras serian siempre susceptibles de un sentido impropio.

Suplicamos á los protestantes que reflexionen sobre las inconsecuencias en que incurren al atacar el dogma de la real presencia de nuestro divino Salvador en el Sacramento de la Eucaristia. No pueden negar infinidad de obras incomprendibles que obró el Señor con su palabra: la naturaleza toda está llena de misterios cuyo autor no es otro sino Dios; nuestros protestantes admiten la creacion, y la realidad de las cosas existentes, y la verdad de todas las incomprendibles maravillas que contiene el Universo; en estos puntos no contradicen á la palabra de Dios que *dijo y las cosas fueron hechas, mandó y fueron criadas*. [1] Apesar de que jamás podrán explicarse como empieza á existir lo que antes nada era, aunque jamás podrán descifrar mil recónditos arcanos de la naturaleza, sin embargo no niegan; pero si niegan cuando se trata del misterio de la Eucaristia. ¿Por qué? ¿Acaso quien obra este misterio no es el mismo que ha hecho tantas otras maravillas superiores al alcance de nuestra inteligencia? Y quien con palabras terminantes nos asegura la realidad del cuerpo de Cristo en

[1] Salmo 148.